XVIII DOMINGO ORDINARIO /2007

Quero comenzar esta homilía diciéndole una historia. Vengo de un país llamado la República Democrática de Congo, antes conocido como Zaire. Esto es uno de los países africanos más ricos, con muchas potencialidades, pero cuya población es pobre. Durante treinta y dos años teníamos una dictadura como una forma del gobierno. Mientras la población vivía en la pobreza y la economía sufría, el presidente Mobutu tenía para él mil millones de dólares en una cuenta bancaria. Gracias a sus relaciones con gobiernos europeos y Washington, su poder era fuerte y más fuerte. Todo lo que le interesaba era solamente el poder, el honor, el dinero y las mujeres.

Pero como cada moneda tiene su revés, de repente a Mobutu le dio un cáncer incurable. Como sino fuera bastante todo esto, los rebeldes atacaron el país. Sorprendido y alcanzado por los acontecimientos, Mobutu escapó el país y fue a morir en el exilio en Marruecos sin honor o poder.

¿Por qué les cuento esta historia? Porque Yo encuentre su resultado similar a lo que es descrito en las lecturas de hoy. De hecho, las lecturas de hoy llevan estas preguntas: ¿Quién es un ser humano? ¿Por qué vive? ¿Para que usa su conocimiento y habilidades, poder y éxito, cuando la muerte puede quitar todo esto? ¿Qué puede un ser humano hacer a fin de vivir en paz con si mismo? ¿Dónde podrá él encontrar la paz verdadera y tesoro verdadero?

Estas preguntas son tan viejas como el mundo, y aún están todavía nuevas y candentes. El autor del libro de Eclesiastés responde a estas preguntas simplemente sin dudare: ambigüedad: “todas las cosas, absolutamente todas, son vana ilusión”. Ellas son vana ilusión, porque después de todo, nada de todo lo que un hombre pudiera tener con tanto sufrimiento y ansiedades en la tierra es eterno. Él no se lleva nada con el a la tumba.

Este es el mismo mensaje de lo que habla el Evangelio de hoy. El hombre rico del Evangelio, a pesar de su riqueza y planeando para el futuro, no podía prevenir la muerte para golpearlo y dejar todo detrás de él. ¿Es tala afirmación una súplica contra éxito humano o proyecto para el futuro o algún esfuerzo para hacerse rica en este mundo?

De nada; sino es sería un malentendido del mensaje de Jesús. Lo que Jesús quiere decir con esta parábola es solamente advertirnos que la riqueza y el éxito tienen un peligro de cerrar nuestro corazón a la súplica de nuestros semejantes y al amor de Dios. Jesús quiere mostrarnos que el hombre rico se ha engañado porque el si es responsable de su éxito; pero si embargo él no tiene control del final de su vida. Su vida depende principalmente de Dios quien puede hacer con el lo que querrá.. Sería una ilusión pensar que tenemos total y completamente control de nuestras vidas como lo hacemos con nuestras posesiones materiales.

Además, Jesús nos invita a abrir nuestros ojos y reconocer la verdad que vivir solamente por las posesiones es la raíz de mal y sufrimiento. La mayor parte de delitos cometidos en el mundo no son están necesariamente por la pasión, sino por la codicia y la avaricia. La mayor parte de nuestros dolores de cabeza y angustias, nuestras noches largas sin el sueño y lleno de preocupaciones y ansiedades están por lo general sobre las cosas. Y aún, nuestro valor como seres humanos no tienen que ver con nuestra posesión material. La posesión material y el éxito humano son tan frágiles para ser la razón principal por qué vivimos.

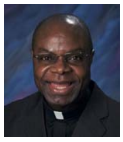
Lo que Jesús afirma en este Evangelio es algo que experimentamos cada día. Delante del dinero y bienes hasta la mejor gente pierde su cabeza y se hace sorda y ciega. Lo que loes importa es el interés personal y sus ganancias, aun por encima de los lazos familiares. De hecho, sabemos que muchas familias se han destruido por al amor del dinero y las peleas sobres las herencias. Cuando Jesús reprocha a los dos hermanos que quieren que él resuelva su disputa de la herencia, él nos invita a realizar que la vida tiene sentido solamente cuando podemos estar relacionados con valores durables. Cuando la gente busca solamente cosas vanas, un día ellos serán cuenta de la verdad de que nunca estarán satisfechos.

Otro punto es la vida sin Dios seria una tontería absoluta. La vida en se misma es un regalo recibido de Dios y también las cosas que poseemos en el mundo. Como tal, no somos nuestros propios maestros, pero mejor dicho los administradores de muchos regalos de Dios. Lo que se espera de un administrador es un buen control de las cosas confiadas a el y reconocer su dependencia de su Señor. No hacer caso de Dios, como si nuestras posesiones sean suficientes para nosotros, es declararnos nuestro propio jefe. Y seria una tontería. Además, es imposible construir el cielo en la tierra con nuestras posesiones materiales, independientemente de la satisfacción que nos dan. Dios solo es la riqueza verdadera de seres humanos. Por supuesto, cada uno de nosotros puede tener una vida sin fin, no por nuestras posesiones, sino si la construimos con Dios. Tal vida viene sólo de Dios.

Todo esto nos ayuda a entender lo que Santo Pablo dice en la segunda lectura:”Busquen los bienes de arriba, donde esta Cristo, sentado a la derecha de Dios”. Con estas palabras, San Pablo no nos pide un desapegado del mundo en el cual los cristianos se retiran de todo el trabajo y las actividades de este mundo. Al contrario, él nos da los principios éticos que los Cristianos deberían usar trabajando y manteniendo todas las relaciones buenas en el mundo.

Los cristianos deberían ver todo en el contexto de la eternidad y ya no vivir como si este mundo es todo que le importa. Por esto, ellos deberían poner la verdad encima de la mentira, moralidad encima de la inmoralidad, pureza encima de la impureza, bien encima de malos deseos, y satisfacción por lo que ellos tienen encima de la avaricia. Así es como ellos se hacen una nueva creación en Jesucristo donde todos son iguales personas a pesar de sus pasados diferentes.

Pidamos al Señor en esta celebración de liberarnos de la ilusión de pensar que el éxito y el dinero son la razón por lo qué tenemos que vivir. Que el Señor nos libere de la ansiedad que nada importa a parte de sus ganancias. La vida es más que esto para el cual luchamos cada día, más que la riqueza que no podemos llevar con nosotros a la tumba. Hay una riqueza que es imperecedera que viene de Dios. Dios es rico; quienquiera se acumula con Dios es realmente rico. Que Dios los bendiga a todos.



Fecha de Sermón: Augusto 5, 2007
© 2007 – Padre Felicien Ilunga Mbala
Contacto: www.mbala.org
Nombre de Archivo: 20070805homilia.pdf